

Ante la promulgación de una ley para fabricar pequeñas bombas nucleares capaces de aniquilar centros militares subterráneos, este artículo centra su atención en los llamados “daños colaterales” que contemplan los artífices de estas operaciones: lo que en definitiva borran los desastres ocasionados por estas armas, advierte, es la cultura y el tiempo humanos.

POR EJEMPLO MIL CUATROCIENTAS

Las noticias desencadenadas sobre la posible presencia de armas nucleares en el Atlántico Sur durante la guerra de las Malvinas, apareció casi al mismo tiempo que otra información: la autorización por parte de Bush, a través de la promulgación de una ley, para fabricar minibombas nucleares destinadas a penetrar en la superficie de la tierra con el propósito de aniquilar centros militares subterráneos. Los cálculos del Pentágono: alrededor de 10.000 en el planeta, de los cuales 1400 almacenarían material bélico “de destrucción masiva”.

En una primera fase se está avanzando en la *Robust Nuclear Earth Penetrator* (RNEP). En realidad no se trata de una bomba en sí, sino de modificaciones a cabezas nucleares que ya existen (B61-11), con una potencia destructiva tremenda (de 1 hasta 300 kilotones), pero que no pueden penetrar bien bajo tierra. Las modificaciones se dirigen a obtener un recurso capaz de atravesar cualquier tipo de roca (granito, entre otros). Gracias a la profundidad en la que estallarían esas bombas topo, se especula que la radioactividad hacia la superficie y hacia las áreas circundantes podría “contenerse” y ser limitada.

En los años 60, cuando Francia anunció su programa de armas nucleares, un periodista le preguntó a Charles De Gaulle cuántas bombas serían fabricadas. La respuesta fue así: “Bueno, las que necesitemos, por ejemplo doscientas.” La expresión dio pie a un libro publicado por el poeta español Félix Grande, “Por ejemplo doscientas”.

Si el intento es destruir a escala planetaria los centros desde los cuales se amenaza la civilización, podemos aventurar una afirmación semejante: “Por ejemplo mil cuatrocientas”. Ahora bien, la bomba que arrasó Hiroshima tenía entre 12 y 15 kilotones. Supongamos que no haga falta tanto para acabar con esos 1400 centros escondidos por todas partes, digamos que con 5 por cada uno sea suficiente. Estamos hablando, en una guerra total, de 7000 kilotones. Sin duda seremos salvados de la amenaza del terrorismo, pero tal vez a costa de lo que expresó un oficial norteamericano en una guerra nada lejana, la de Vietnam: “Para salvar la aldea, tuvimos que destruirla”.

Los argumentos a favor de la contención de la radiactividad y de los escasos “daños colaterales” afloran a torrentes: estas bombas permitirán el ahorro de vidas

humanas, porque todo sucederá bajo tierra, no habrá influencia en la superficie, será una manera de focalizar las acciones sin bajas civiles. Vale la pena detenerse en esto último: qué sentido tienen las bajas civiles para quienes protagonizan estos desastrosos, sea como científicos, políticos o responsables directos de la ejecución de las órdenes. Para ello traigo las declaraciones de Paul Tibbets, quien en agosto del año pasado fue entrevistado por *The Guardian Unlimited*. Se trata del hombre que llevó la bomba a los cielos de Hiroshima. El mito de un ser enloquecido ante tanto dolor, luego de ese horroroso día, se desvanece ante sus palabras y sus convicciones. En todo momento sabía lo que transportaba, conocía el poder devastador de la *little boy*, tenía previsto hacia donde escapar con el avión cuando se produjera la onda expansiva. 58 años más tarde, ese hombre sigue convencido de la bondad de su obra, gracias a ella no fue necesario invadir Japón, 80 mil civiles eran una buena moneda de cambio para evitar un desembarco con sabe Dios cuántas otras pérdidas humanas. Es que los civiles se las ingenian para estar donde no deben: "Nunca hemos peleado en ninguna maldita guerra en la que no se haya matado a gente inocente. Ojalá los diarios cortaran con esa mierda de 'Han matado a tantos civiles'. Ésa es la dura suerte que tienen que correr por estar allí."

Dos preguntas se nos abren: ¿quiénes están allí? y ¿qué está allí? Traigo, para hilvanar respuestas, un inmenso poema de Pedro Salinas, Cero, escrito en 1951.

"Sigo escombros adelante, solo, solo. / Hollando voy los restos / de tantas perfecciones abolidas. ... / No piso la materia; en su pedriza / piso al mayor dolor, tiempo deshecho. ... / Piso añicos de tiempo. / Camino sobre anhelos hechos trizas..." No era cualquier bomba la estallada por aquellos años. Salinas comprendió su capacidad infinita de destrucción, ni los muertos quedaban a su paso: "Por el escombros busco yo a mis muertos; / más me duele su ser tan invisibles." O bien, este anuncio para siempre en nuestro pobre lugar en el universo: "¿Se puede hacer más daño, allí en la Tierra? / Polvo que se levanta de la ruina, / humo del sacrificio, vaho de escombros / dice que sí se puede." Aquella bomba era un primer alarido del horror, la consumación de la barbarie más absoluta. El poeta la mostraba en todo su poder de borrar tiempo humano, cultura en suma, edificada palmo a palmo desde las primeras palabras y las primeras miradas. Lo agredido, lo borrado por estas armas, fueron, son el tiempo y la cultura humanas. El profundo problema es que ellos estarán siempre allí donde caen o escarban las bombas. El "allí" es el planeta todo, empecinado en engendrar seres humanos y cultura.

Con la ley firmada por Bush se anuncia el relanzamiento de la carrera nuclear. Otros países se consideran amenazados y preparan investigaciones para abrir nuevos senderos al horror. Hace poco más de 20 años las bombas destruye-civiles que no deberían estar allí, destruye-cultura humana, destruye-medio ambiente, cruzaron los mares para resguardar el poder y el honor de Inglaterra. Conocíamos de sobra la capacidad de sus dueños de enviarlas a través de cielos y aguas. Ahora se volverán topes y penetrarán la superficie. Cuando estallen, sufrirá un poco el corazón de la Tierra. Pero todos sabemos que él es grande,

soportará por ejemplo 7000 kilotones y seguirá latiendo. Tal vez quienes no los soportemos seamos nosotros. Ya nos los advirtieron, por necios nos sucede, ¿quién nos manda a estar allí?

Daniel Prieto Castillo
2003